

CIENCIA ABIERTA



● La naturaleza no siempre sale bien parada del verano, una estación en la que se abona el 'peaje' de los incendios forestales

Veranos incendiarios



LUCÍA RIVAS

Las consecuencias de un incendio son múltiples y van desde la erosión del suelo hasta escasez de seres vivos pasando por el impacto estético y turístico.

F. Javier Perales Palacios

Si algo tienen las estaciones del año es su carácter cíclico, una de las propiedades de la naturaleza que se manifiesta en otros fenómenos como el ciclo del agua o los eclipses. En la vertiente social también estamos habituados a los ciclos: modas estacionales, depresiones postvacacionales, inicio del curso escolar... Año tras año asistimos a reiteraciones temporales a las que nuestro organismo y pensamiento suelen adaptarse sin excesivas dificultades.

El verano suele ser una estación bien recibida por casi todos los humanos, se asocia a vacaciones, ocio, buenas temperaturas, sol, playa... La Naturaleza, en cambio, no siempre sale bien parada; es cierto que coincide con tiempo de cosecha de cereales, de maduración de la fruta en los árboles o con la vendimia, es decir, la hora de recoger los réditos largamente anhelados por los sufridos agricultores. Pero no es menos cierto que en climas e idiosincrasia como los nuestros existe un peaje demasiado alto que abonar por nuestra superficie forestal, algo así como la deuda pública que día a día crece sobre las espaldas de esta generación y de las venideras. Aunque ya ustedes lo habrán adivinado, me estoy refiriendo a los incendios forestales. En el ABC de los

medios de comunicación está que lo rutinario no es noticia y, desgraciadamente, algo de eso nos viene sucediendo año tras año con esta lacra. Ese, sin embargo, no es mi ABC, no me acabo de acostumbrar a aceptarla como si se tratara de una maldición bíblica a la que no podemos sustraernos. No me puedo acostumbrar a mirar hacia nuestra Sierra y contemplar ese 'agujero negro' de las lomas de Cenés calcinadas, parajes donde tantos buenos ratos disfruté paseando, montando en bicicleta, cogiendo espárragos, viendo la tierra arada por los hoscicos de los prolijos jabalíes o simplemente tumbándome a la bartola en algún recatado prado primaveral.

De vuelta de un pequeño periplo por el mar Adriático que, a pesar de su clima mediterráneo tan similar al nuestro, luce sus montes frondosos hasta las mismas orillas de nuestro común mar, al aproximarnos a nuestro domicilio me sorprende la noticia que me comenta el taxista sobre el reciente incendio de Cenés, coincidiendo fatalmente con la visión lejana de sus nefastas secuelas. Eso sí es para mí la depresión postvacacional, significa rebelarse impotente ante esas manos criminales que año tras año asolan los escasos pulmones verdes de nuestra milenaria Granada: lomas del Serrallo, el Llano de la Perdiz, camino de Güéjar o el pavoroso incendio de la Sierra de



PEPE VILLOSLADA

Imagen del área quemada tras el incendio.

Huétor de hace pocas décadas, cicatrices profundas de las que nuestra maltratada floresta quizás nunca pueda ya recuperarse.

El problema de los incendios forestales responde al patrón de todos los problemas ambientales: su complejidad y, por ende, su difícil abordaje. Visto desde una perspectiva más popular y echando mano de nuestro rico refranero, podemos recordar eso de "entre todos la mataron y ella sola se murió". Son muchos los factores que confluyen en el origen de un incendio y en sus consecuencias. Vamos a enumerarlas sin ánimo de parecer exhaustivos.

El cambio climático nos está

conduciendo a veranos más prolongados y calurosos, algo ya probado estadísticamente mediante la serie histórica de medición de temperaturas. Existe una clásica regla para medir el umbral crítico para la propagación de un incendio, la "regla de los tres 30", menos de un 30% de humedad relativa, más de 30 km/h de velocidad del viento y más de 30°C de temperatura; resulta fácil contabilizar cuántos días durante un verano se cumple en nuestros tórridos montes; y ello también lo conocen sobradamente los oportunistas pirómanos.

El abandono del monte por la población española, trasladada

mayoritariamente a las ciudades durante el siglo pasado, ha supuesto la proliferación de restos vegetales que antes eran usados como combustible en las viviendas o la abundancia de hierba seca empleada entonces como pasto por el ganado. Las políticas públicas de prevención o vigilancia de incendios resultan ridículas ante la magnitud del problema.

La facilidad del acto delictivo es un estímulo para los pirómanos, resulta increíblemente fácil originar un incendio de manera camuflada, sea en la hora de la siesta o en plena noche, y generando varios focos para asegurar su éxito. Las motivaciones, múltiples también: venganza, afán de protagonismo, demencia...

La gestión de la extinción del

Las políticas públicas de prevención resultan ridículas ante la magnitud del problema

fuego, si bien es cierto que cuenta con mayores medios técnicos que antaño (hidroaviones, helicópteros, brigadas de intervención rápida...), ha marginado a municipios que estaban seriamente comprometidos con el cuidado de sus montes como fuente de riqueza. Ello ha hecho que, 'casualmente', se produjeran grandes incendios coincidiendo con la creación de empresas públicas autonómicas dedicadas a estos menesteres (tal fue el caso de La Peza en el incendio de la Sierra de Huétor o en Yeste, Albacete).

Las negligencias, la cultura del fuego siempre ha estado extendida entre ganaderos, agricultores o cazadores, ello ha hecho que en gran número de ocasiones la limpieza del monte se haya identificado con el fuego, medio rápido y económico de eliminar maleza, rastrojo o generar nuevo pasto. El que se vaya de las manos de sus promotores no es nada raro en el contexto climático que nos aqueja.

Estas pueden ser algunas de las causas que contribuyen a la complejidad de este problema ambiental, pero también las consecuencias son múltiples, y lo veremos pronto en nuestro vecino municipio de Cenés: erosión del suelo y menor permeabilidad del mismo, turbidez de las aguas de escorrentía, escasez de seres vivos, impacto estético, disminución del turismo de senderismo...

Quizás haya que recuperar ese viejo lema de la publicidad institucional, hoy también ausente por "motivos presupuestarios": cuando el monte se quema, algo suyo se quema.

